

# 1

Estoy de rodillas en uno de los armarios de mi dormitorio —mirando por entre los listones blancos de las puertas como si fuera E.T.—, cuando la siguiente revelación me golpea con más fuerza que un dardo al hacer diana: soy una desgraciada.

Gloria Steinem me llamaría la versión femenina del Tío Tom.

¿La Tía Jemima?

¿Por qué suena tan racista? Desde luego, es una metáfora un poco rara. Pero ¿es racista?

Estoy tan deprimida y furiosa que ni siquiera imagino por qué podría ser racista, y tampoco se me ocurre una metáfora políticamente correcta para describirme como la pésima feminista que soy.

Una vez leí que Gloria Steinem había trabajado de Conejita de Playboy con la intención de denunciar el sexismo de ese empleo. A pesar de sus motivos, el caso es que fue una Conejita de Playboy, permitiendo que los hombres la vieran como un objeto sexual.

Lo más probable es que Gloria disfrutara haciéndolo, aunque fuera en secreto.

Me refiero a que, en el fondo, y debates aparte, todas queremos ser deseadas, y si somos sinceras, deseadas apasionadamente.

Y, quizá, si Gloria Steinem dejó que los hombres se la comieran con los ojos y le pellizcaran el culo antes de erigirse como portavoz de todo el género femenino, entonces quizá, y solo quizá, yo también pueda superar que me he escondido literalmente en mi propio armario, y convertirme de nuevo en una mujer respetable a la que las jóvenes inteligentes miren con deferencia y a la que tal vez incluso intenten emular.

¿Cómo es aquel dicho?

*La verdad os hará libres.*

*Pero antes os sacará de vuestras casillas.*

Lo dijo Gloria Steinem, estoy casi segura.

Recuerdo que lo leí todo sobre Steinem en el seminario de «Género y prejuicio» al que asistí en la Universidad, cuando era una buena feminista, buena porque nunca me habían puesto a prueba.

Es muy fácil ser feminista cuando eres estudiante de primer año de Universidad y tienes una beca y ayuda económica suficiente para pagarte la matrícula, el alojamiento y la comida. Una mujer con todo el futuro por delante. Las renunciadas llegan con la edad.

Alguien me citará algún día, cuando vuelva a decir cosas inteligentes y llenas de fuerza, como solía hacer hace mucho, mucho tiempo, cuando llevaba la talla treinta y ocho.

«Está bien, Portia Kane», me digo a mí misma en el armario, con un tacón de aguja de Louis Vuitton clavado en la nalga izquierda. Me dejo caer con todo mi peso, sesenta y un kilos, que no está nada mal para una cuarentona relativamente alta, sobre la aguja de diez centímetros, como un sacerdote medieval castigando su carne inflamada de lujuria. «¡Cabréate! Porque estás a punto de ver la verdad. ¡Ay!»

Levanto las posaderas del tacón Louis Vuitton.

La verdad es que no soy una mujer fuerte.

Pero puedo cambiar.

Puedo ser la mujer que siempre he deseado ser.

Lo conseguiré.

En este preciso momento creo que ni a las adolescentes más frescas del instituto más dejado de la mano de Dios, esas chicas que se van con cualquiera a cambio de un menú del Burger King —aros de cebolla, hamburguesa, y si son buenas negociando, batido de chocolate— ni siquiera a ellas les caería bien ahora mismo. Y es imposible que me admirasen.

Seguramente debería confesar que he estado bebiendo.

*Mucho.*

Hennessy Paradis Imperial.

Una botella de más de dos mil dólares.

Ken la guardaba para una ocasión especial..., por ejemplo, para cuando finalmente consiga un hoyo de un solo golpe.

El «sueño de su vida». Hacer un hoyo de un solo golpe. ¡Vaya sueño! Ken es un cavernícola. Y cómo saca brillo a sus palos de golf con un paño de felpa durante horas... parece que se esté masturbando.

Esta noche es *mi* ocasión especial.

Ahora sí que está a punto de meterla en un hoyo de un solo golpe, joder, y perdón por el lenguaje.

A primera hora de la noche me serví una copa muy generosa de lo que Ken llama su «Hen con hielo», y luego eché el resto en su humidificador, una reliquia familiar del tamaño de una maleta llena de puros cubanos de contrabando, una selecta colección adquirida a lo largo de una década gracias a contactos empresariales de piel olivácea y valorada en varios miles de dólares. Luego dejé abierta la tapa, lo cual es «peor que violar al Papa», según mi marido, que irónicamente es abiertamente católico, devoto y practicante. Tal vez os estéis preguntando cómo es posible que un productor de películas porno sea católico devoto y practicante. Pero seamos serios. Seguro que todas las personas religiosas que conocéis hacen algo día sí día no que va contra su religión. La vida es así.

Vale, también escupí en los puros varias veces, pero reprimí las ganas de mearme encima, que era lo que iba a hacer en un principio.

Lo que sí hice fue echarle un frasco de salsa boloñesa con trozos de champiñones para asegurarme de que quedaba completamente inservible.

Ay, cuánto odio oír a Ken hablar de los hermosos puntos blancos que aparecen en los habanos cuando han madurado el tiempo adecuado y a la temperatura y humedad convenientes.

—Mira cómo arden cuando les alcanza la brasa, nena —dice, poniendo el asqueroso cilindro cancerígeno a la altura de la nariz, observándolo fascinado como si fuera el Diamante Hope—. Cometas diminutos —dice, sonriendo con asombro juvenil, y durante nueve años le he devuelto la sonrisa, como si fuese una Barbie idiota. Pero esta Barbie se está haciendo mayor.

Ah, el drama de ser una mujer florero.

Siempre que fuma da la impresión de tener una polla en la boca.

Sí, ya sé lo que estáis pensando. Las mujeres no deberíamos utilizar palabras como «polla», ¿verdad? Bueno, a la mierda con eso,

porque soy adulta, esto no es una iglesia y Ken chupa los puros con salacidad.

—Nada de mariconadas —le gusta decir cada vez que abraza o felicita a otro hombre, o expresa algo parecido al afecto o la amabilidad, porque Ken es un homófobo impenitente.

¿Cómo narices he acabado aquí?

¿Por qué me casé con este payaso?

¿Por qué me dejé seducir por el dinero? He acabado viviendo en un palacio tropical con suelos de mármol, techos de siete metros de altura, bóvedas de catedral, palmeras, arañas de cristal, muebles tallados a mano y electrodomésticos de acero inoxidable de última generación que hacen que la casa de mi infancia parezca una pocilga en la que ni los animales querrían vivir.

Y sin embargo...

«E.T., mi casa», me digo a mí misma en el armario: y entonces me tomo otro trago de Hen, la bebida que según Ken es la preferida de los negros.

Este comentario sí es racista.

Ojalá tuviera unos M&M.

Sigo escondida en el armario como E.T., incluso he levantado la mano y cuando la luz que entra de fuera ha iluminado la botella de coñac he fingido que mi dedo índice se ponía naranja como el del extraterrestre de la película.

—E... *lli... ot* —digo igual que el alienígena cada vez que hablaba con el niño.

Oigo abrirse la puerta principal y la alarma empieza a sonar.

Todos los músculos de mi cuerpo se ponen rígidos.

Oigo a la chica reírse cuando Ken introduce el código..., nuestras fechas de nacimiento mezcladas.

Mi mes, su año.

La voz infantil de ella me recuerda a la de Pitufina, o quizá se deba a que llama «papá» a Ken.

En serio, le llama así. Papá. Como si Ken fuera Ernest Hemingway.

—Desactivado —responde el robotizado sistema de seguridad.

—Esposa histérica y cabreada en el armario —susurro—. Cuidado.

Lo que aún no os he contado es que en la mano sujeto la querida Colt 45 de Ken.

Él afirma que esta pistola puede detener un camión a toda velocidad, solo tienes que disparar al motor; así que estoy casi segura de que puedo parar en seco el polvo que se avecina.

Me he convencido de que voy a matarlos a los dos a tiros.

Quién lo iba a decir.

Sus cabezas van a explotar como piñatas.

Seguro que ya está toqueteándola porque la oigo reír mientras suben la escalera.

—¿Es tu esposa, papá? —le pregunta, y la imagino señalando el retrato que tenemos en lo alto de la escalera. En la foto Ken lleva un traje gris de Armani de raya diplomática y yo mi mejor vestido negro de Carolina Herrera. Parecemos una combinación algo rara del Tony Montana de *Scarface* y la pija de *The good wife*. Diría que a esa chica no le preocupa demasiado que su papá esté casado.

—Murió —dice Ken—. Cáncer.

Es un hombre práctico, no muy creativo, eso sí, pero eficaz.

Durante un segundo me creo sus palabras y me permito *sentirme* muerta.

Inexistente.

Desaparecida.

Nada.

—Qué triste —musita Pitufina—. ¿La querías?

—No hablemos de cosas desagradables. —Ken corta la conversación y al poco rato ella grita y ríe de nuevo.

—¡Qué fuerte eres! —suspira, y retengo en la boca el vómito que me ha subido del estómago al imaginarlo llevándola en brazos hacia mí.

Se acerca el momento.

Ken alardea a menudo de que nunca me ha engañado con ninguna de las «actrices» de sus películas, como si eso, si es que es cierto, fuera una gran hazaña. Siempre le está diciendo a sus empleados: «No metas la polla donde tienes la olla», para darles a entender que no se follen a las chicas de las películas que filman y venden..., aunque al parecer es líci-

to follarse a todas las demás. Esa es la clase de ética que suscribe mi esposo el católico.

Me pregunto si esta chica no será una prostituta que interpreta un papel, porque parece demasiado idiota para ser de verdad.

Tiene gracia, la posibilidad de que sea una prostituta me da que pensar y hace que me resulte más difícil pegarle un tiro. Si la chica es de verdad una puta, en realidad solo está haciendo lo que Ken le ha pedido que haga, es decir, su trabajo. Pero si lo mato a él tengo que matarla a ella, no puedo dejar testigos. La única manera de conseguir una sentencia poco severa es que el juez sea una mujer y convencerla de que los homicidios fueron un arrebató pasional. Ninguna mujer dominada por el dolor y con una superpistola en la mano puede razonar y evitar pegarle un tiro a la chica que está echándole un polvo a su marido infiel.

Empuño la Colt 45 con las dos manos para prepararme. Estoy lista para irrumpir en la habitación y repartir plomo como un personaje de Quentin Tarantino.

Intento canalizar a la Gloria Steinem y la Angela Davis que llevo dentro..., incluso a mi Lynda Carter interior.

*¡Cabréate!*

*¡Toma el mando!*

*¡Sé una auténtica feminista!*

Por entre los listones del armario veo que la acompañante de Ken es, obviamente, delgada, rubia y como mucho acaba de cumplir los veinte años.

Si pesa cincuenta kilos, me como una mano.

Talla treinta y seis.

Una universitaria que quizá ni siquiera tiene edad para beber.

Una niña.

Ken tiene cuarenta y seis años, aunque aparenta menos.

Se parece al Tom Selleck de 1983, tiene el mismo bigote y el mismo torso peludo. Torso que de repente hace su aparición.

La chaqueta y la corbata están en el suelo.

Ella le ha desabrochado la camisa.

El vestido de la chica sale volando por encima de su cabeza.

En sujetador y bragas de algodón rosa parece aún más joven.

Ahora se mueven como si bailaran mirándose a los ojos, balanceando las caderas como si estuviera sonando la parte lenta de *Escalera al cielo* de Led Zeppelin y no pudieran esperar a la parte marchosa.

(Ah, queridos bailes del instituto, me perseguís incluso en un momento como este.)

Ella le chupa el labio inferior igual que si estuviera hecho de caramelo.

Me digo que tengo que esperar hasta que él consuma el acto para tener una prueba irrefutable. En cuanto Ken le meta su patética e insignificante polla dentro saldré del armario en plan esposa abandonada y desquiciada, y los apuntaré con la pistola.

No tardan en meterse en la cama y, aunque están bajo las frazadas —bajo mi edredón Calvin Klein Acacia—, puedo asegurar que él oficialmente ya ha cometido adulterio, porque está haciendo ese ruidito irritante, una especie de tos que suena a tengo-algo-en-la-garganta, que hace justo cuando está a punto de correrse.

Solo tarda unos noventa segundos.

Y sin embargo no salgo del armario. Me limito a mirar cómo sube y baja el edredón azul con las embestidas finales de la infidelidad de mi marido. Ken y su culo gordo parecen una gran ballena azul saliendo a respirar cada dos segundos para no asfixiarse, y yo no puedo dejar de pensar en que la chica de turno me recuerda a la actriz que hace de Khaleesi en *Juego de tronos*.

Mierda, ya no podré ver esa serie nunca más.

Ken llega al orgasmo y luego tose un poco más. No creo que Khaleesi se haya corrido y, como Ken está ahora de espaldas, jadeando, no creo que lo consiga ya.

En alguna parte, Gloria Steinem está sacudiendo la cabeza horrorizada, Angela Davis ha anulado mi carnet de mujer y Lynda Carter quiere confiscarme todas las pulseras y bragas azules con estrellitas antes de ahorcarme con el Lazo de la Verdad de Wonder Woman.

Hace media hora estaba dispuesta a ir a la cárcel.

Incluso me parecía heroico.

*Pero si de verdad querías matar a Ken, ¿por qué le has destrozado el humidificador y los puros?*

Ah, sabios lectores y lectoras, vosotros me conocéis mejor que yo.  
Y ahora todo esto parece una broma de mal gusto.

Mi vida hasta este momento no ha servido para nada importante, no he hecho nada que valga la pena.

Empiezo a réirme y no puedo parar.

Mi vida es un chiste y no puedo hacer nada para remediarlo.

Mi mente evoca el momento en que conocí a Ken, en Miami, en la otra punta del país. Yo llevaba un vestido veraniego de color rojo, un bronceado de bote y mis viejas gafas de sol Ray-Ban Wayfarer de imitación, y estaba sentada en la terraza cubierta de un restaurante cubano con una amiga que trabajaba allí de camarera. Estábamos disfrutando de los inmerecidos frutos de nuestra ya evanescente pero todavía pasable juventud, compartíamos un plato de puré de alubias negras con plátanos fritos aún calientes —es asombroso los detalles que una puede recordar bajo coacción— cuando Ken vino en línea recta hacia nosotras y le ofreció a Carissa quinientos dólares por sentarse donde estaba ella.

—¿Me cambias el sitio? —dijo exactamente.

Carissa y yo nos reímos hasta que él puso el dinero sobre la mesa, billetes crujientes, nuevos, de cien dólares, que sacó del bolsillo interior de la chaqueta como si fuera un señor de la droga colombiano.

Llevaba un traje blanco y un ridículo bastón con empuñadura de marfil que tendría que haberme dado la primera pista.

Quiero decir... ¿qué clase de hombre llevaba *bastón* en el año 2002?

Pero era tan guapo que me temblaron las rodillas.

Así es como Ken consigue camelarte:

Te mira fijamente.

Desprende seguridad en sí mismo.

Y tiene mucho dinero.

Y todo esto va acompañado de un estilo de puta pena, chabacano y con unos modales propios del propietario de una plantación de esclavos de hace siglos.

Cuando le propiné a Carissa un puntapié por debajo de la mesa, mi amiga recogió los billetes de cien dólares, los golpeó para igualarlos y



me dijo que nos veríamos en la horrible, diminuta y apesosa habitación del hotel infestado de cucarachas que habíamos reservado por una semana. Entonces Ken se sentó y dijo:

—Voy a casarme contigo.

—¿Ahora? —respondí, ajena al funesto destino que me esperaba. Incluso halagada.

Diez años después, estoy borracha en mi propio armario, viendo cómo se folla a una adolescente y partiéndome de risa, porque ¿qué otra alternativa me queda?

Y a esto le llaman «vida».

Cuidado, chicas que me leéis.

Pasa sin que te des cuenta.

Un día eres una cachorrilla que corretea libremente por el bosque, sin ninguna preocupación en este mundo, y de pronto, ¡zas!, has caído en una trampa para osos y una de tus patas traseras está sangrando, y antes de que te des cuenta te han quitado las garras y los dientes, te han enganchado a las drogas y haces cabriolas en un circo ruso azotada por tu domador, que siempre es un hombre, mientras niños con pegotes de algodón de azúcar te señalan con el dedo y se burlan de ti.

Lo repito, he bebido mucho.

—¿Qué demonios? —exclama Ken abriendo el armario de golpe—. Vaya. —Da un paso atrás con las manos en alto y la mirada fija en el cañón de su amada Colt, que mantengo más o menos firme apuntando al prepucio pegajoso y malva, y en forma de pala, de su pene desinflado.

Antes de que ocurra un accidente, lanzo la muy pesada pistola al rincón. Ya no podía sujetarla y además...

¿Ir a la cárcel por este tío tan ridículo?

Ni hablar.

—Jamás acertaría una diana tan pequeña, Ken —le confieso y, riendo por lo bajo, saco del armario mi culo borracho.

—Esto no es lo que parece —balbucea Khaleesi, cubriendo sus perfectos pechos como cucuruchos de helado de vainilla con uno de mis cojines decorativos de Calvin Klein.

No puedo parar de reír.

—¿Qué hacías en el armario? —pregunta Ken—. Creía que ibas a visitar a tu... Mira. —Sigue con las manos en alto, con los dedos abiertos al máximo—. Puedo explicarlo. De verdad que sí. Podemos arreglarlo, Portia. Confía en mí. Todo irá bien.

¡Para troncharse!

—¿Por qué te ríes así? —añade—. ¿Estás bien?

Khaleesi dice:

—Yo mejor me voy.

—No, no, no, cariño —le propongo—. Quédate. Por favor. *Insisto*. Mi marido ni siquiera te ha hecho llegar al orgasmo. De todas formas, la que se va soy yo. Siéntete como si estuvieras en tu casa. Puedes tirarte a Ken todas las veces que quieras. Si es que consigues que se le vuelva a poner dura, claro. ¡Pero atenta, voy a contarte un secreto! No vas a conseguir nada mejor de lo que ya has visto.

Me río con tanta fuerza que se me saltan las lágrimas al ponerme en pie y salir del armario.

Empiezo a meter bragas y sujetadores en mi bolsa de viaje Michael Kors.

Ken, desnudo, me observa con la boca abierta, como si yo acabara de inventar el fuego.

Sacudo la cabeza.

Maldito cavernícola.

¿Qué he hecho yo para merecer esto?

—Portia —suplica—. Vamos, Portia. ¿Adónde vas?

—*E.T., mi casa* —ganguero, remedando la voz de E.T. y luego me echo a reír hasta que me da tos y me ahogo.

—Portia —insiste Ken—. Me estás asustando. ¿Estás bien?

Dejo de hacer el equipaje y lo miro fijamente a los ojos.

—No he estado mejor en toda mi vida, Ken. Gracias. De veras. Muchas gracias por ser tan repelente. Si hubieras sido un poquito más humano, me habría quedado contigo. Pero me lo has ahorrado. Mi héroe. Gracias. Un millón de gracias.

Decido sacar una maleta del armario y meter ropa suficiente para unas semanas.

—¿Necesitas ayuda? —pregunta Khaleesi, es tan mona. Y me doy cuenta de que aún es más tonta de lo que parece. La verdad es que em-

pieza a caerme bien. Quizá me dé lástima, para ser más exactos. Me imagino salvándola de Ken y convirtiéndome en su mentora. Podríamos unirnos a algún grupo de mujeres adictas a los hombres horribles.

AATG.

Adictas Anónimas a Tíos Gilipollas.

*Perdónala, universo, porque la pobre no sabe con quién se lo hace.*

—No, quédate donde estás —le ordeno a Khaleesi—. Yo ya me voy. Puedes entretenerte oyendo roncar a Ken y luego despertarte con su cagada post polvo. No tira de la cadena, te lo advierto. Ni siquiera se molesta en cerrar la puerta del baño. Es un encanto de hombre, deja que te lo diga.

—Portia —dice Ken—. ¿Podemos hablarlo un minuto? Ese es el problema. ¡Ya no hablamos nunca!

Vuelvo a reír, aunque esta vez me sale solo un cacareo.

—Ha sido divertido, Ken —concluyo, tendiéndole la mano como si acabáramos de terminar un agotador partido de tenis de diez años.

—Portia, admítelo —dice Ken, completamente desnudo, haciendo gestos con las manos abiertas. Su pilila mojada por Khaleesi se ha escondido como la cabeza de una tortuga en un caparazón de vello gris. Habría sido de esperar que se lo hubiera afeitado antes de ligar con adolescentes—. Hace tiempo que las cosas no funcionan y yo tengo necesidades. Tú no las tienes, bueno, yo solamente...

—Eso es cierto —lo interrumpo antes de que diga que es culpa mía. Que debería haber follado más con él. Que soy inferior y no lo que él compró hace tantos años. Que he osado envejecer y ya no tengo el cuerpo ni las ganas de una muchacha de dieciocho años; que quiero algo más sustancial y significativo que su estilo de vida de *playboy*, y que debería avergonzarme de no aparentar dieciocho años durante más de dos décadas o de haber dicho adiós a la adolescencia mucho antes de conocerlos. Retiro la mano—. Exacto.

—Me ocuparé de ti económicamente. No te preocupes. Sabes que no soy un mal hombre.

—No soy una puta, Ken. Muchas gracias.

—Entonces, ¿no estás enfadada conmigo? Seguimos siendo colegas.

Colegas.

Increíble.

Después de verlo follar con una adolescente se supone que yo tengo que cuidar de *sus* frágiles emociones.

Miro a Khaleesi, que se esconde con el edredón subido hasta la nariz. Nos mira con los ojos abiertos de par en par, con el interés de una muñeca Kewpie, como si estuviera viendo un culebrón en directo.

*El cuarentón y la desgraciada.*

*La traición de nuestros hombres.*

*Portia Kane es una vieja idiota de mierda.*

—La verdad es que estoy contenta, Ken. Por primera vez en años. Estoy contenta. Que te den por engañarme. *Una vez más.* Pero gracias de nuevo. —Saludo a Khaleesi con la mano y añado—: Gracias y que te den a ti también.

La chica asiente con la cabeza, pero parece confusa.

—*E.T., mi casa* —tartajeo de nuevo con voz de falsete, señalando la nariz de Ken con el índice.

Me mira entornando los ojos e inclina la cabeza a un lado.

—No ibas a dispararme, ¿verdad que no, nena? No después de todo lo que hemos vivido juntos. Hemos pasado buenos ratos, tú y yo. Siempre nos querremos profundamente. Admítelo. ¿Eh?

Realmente creo que le preocupa la respuesta, que es importante para él creer que todavía lo quiero de un modo filial, dependiente y servil, y que siempre lo querré.

Siempre.

Quiere ser mi macarra emocional, el dueño de mi corazón.

Decido que mataré su recuerdo, cueste lo que me cueste.

Suprimiré a Ken Humes.

Lo borraré.

Me recuperaré de esta década de dependencia.

Merezco algo mejor.

Y algo mejor no será muy difícil de conseguir después de haber empezado por el más bajo y peor de los hombres.

—Adiós, Ken. —Le doy un fuerte palmetazo en la pequeña y fría polla y en los testículos—. Choca esos cinco.

Se dobla por la cintura y me llama «puta de mierda» antes de caer de rodillas.

Creo que he oído a Khaleesi chillar con falso placer, como si de repente fuera en el asiento trasero de una moto acuática, rodeando con sus brazos desnudos los esculpidos músculos de un jugador de fútbol americano, una imagen que he visto en un anuncio de televisión para una marca muy famosa de desodorante para hombres.

Este es el mundo en que vivimos.

Khaleesi está otra vez representando su papel.

Existen chicas así de verdad, al parecer. Existen de verdad. Los hombres como Ken nunca se cansan de ellas. Pero yo ya he jugado a este juego demasiado tiempo.

—A la mierda esta vida —murmuro—. A la mierda. A la mierda tú también, Ken Humes. ¡A la mierda!

Y me voy.

## 2

—No debería haber abandonado la Universidad —le digo a mi chófer habitual, Alfonso. Voy en el asiento trasero de la limusina, bebiendo directamente de una botellita de vino blanco. Él lleva su habitual traje negro con corbata estrecha; sujeta el volante con manos firmes y suaves, todavía de color almendra, y se comporta con el estoicismo de una estatua, como siempre—. ¿Sabes lo difícil que es para una mujer sin título universitario ganarse la vida?

—No sé nada de la Universidad. Y aún sé menos sobre mujeres, señora Kane —dice Alfonso sin apartar la vista de la carretera—. Me limito a conducir.

Termino de beberme lo que queda en la botellita.

—No llegué a la nota media necesaria para conservar la beca de estudios. Saqué un sobresaliente en literatura y escritura creativa, pero la estúpida beca exigía otros cursos, además de la asignatura principal..., es decir, ¿para qué necesitaba estudiar Química otra vez en la Universidad? ¿Memorizar la tabla periódica? Habría preferido sacarme el ojo derecho con un cúter. Yo quería ser escritora, no científica. Y me iban a poner de patitas en la calle. ¡A mí! Casi rozaba el notable de media mientras trabajaba veinte horas a la semana en la cafetería fregando suelos, friendo comida y con aquel asqueroso encargado de la limpieza que me doblaba la edad, el viejo Víctor, tirándome los tejos sin parar con insinuaciones obscenas del tipo: «Tengo un sofá de cuero muy suave, es muy agradable al tacto». ¡Mi día a día consistía en superar obstáculos y, sin embargo, la beca dependía de mis notas! ¿Por qué hay personas que conducen la limusina de la vida y otras solo son pasajeras? ¿Sabes la respuesta a ese enigma?

—No —dice Alfonso—. No la sé.

—Mi compañera de habitación de primer año era una pasajera. Tenía una nota media de cinco, un aprobado pelado, pero no importaba porque su papi era un abogado que podía pagarle la carrera. ¡Oh, cómo

odiaba a Casey Raymond! Ropa de diseño. Maquillaje caro. Habrás llevado a millones de mujeres como ella en el coche. Tardaba noventa minutos en arreglarse por la mañana. Nuestro dormitorio se convertía en un salón de belleza en cuanto salía el sol. Incluso tenía coche. ¡A los dieciocho años! ¡Un Volvo último modelo! ¿Te lo imaginas, Alfonzo?

Alfonzo no responde, pero el alcohol que viaja por mis venas me incita a seguir hablando.

—Para ella la Universidad era una gran fiesta. Cada vez que un chico quería ligársela y le tiraba los tejos se ponía a gritar como una loca y salía a todas horas. Y mientras tanto yo tenía que robarle horas al sueño para estudiar y los nervios me hacían vomitar cuando llegaban los exámenes parciales y finales. Fumaba como una posesa y me metía el café en vena. La ansiedad era como un puño gigante que me bajaba por la garganta y lo único que podía hacer para intentar detenerlo era morderlo. No tenía ningún apoyo. Nada. Sé que sabes de lo que estoy hablando. De injusticia. Lo veo en tus ojos, Alfonzo. Tú y yo estamos cortados por el mismo patrón.

La mirada de Alfonzo y la mía se encuentran durante un segundo en el espejo retrovisor.

No sé si él se ha puesto demasiada loción para después del afeitado o si yo estoy sudando alcohol.

—Así que me fui antes de que me echaran. Que les den por el culo, no te fastidia... Me largué del campus con mi maleta y me subí al primer autobús hacia casa. Ni siquiera les dije que me iba. No sé, quizá tuve una depresión. Tal vez ahora también estoy deprimida. Pero fue un error. Ahora lo sé. Yo sí necesitaba la universidad, mientras que Casey Raymond iba a estar estupendamente hiciera lo que hiciese, porque su papá era su Ken Humes. Ella era una pasajera nata. O «cliente», como te gusta decir a ti por el teléfono. «El cliente está a bordo.»

—Creo que yo no debería oír todo esto, señora Kane —dice Alfonzo—. Solo soy su chófer.

Doy un manotazo al aire que hay entre nosotros.

—Todo el mundo sabe que Ken es adicto al sexo. La metería hasta por el agujero de un donut. No puede evitarlo. Y yo he sido una experta tapándome los ojos. Durante toda una década. Solo quería tener una

buena vida. Quería cosas buenas y bonitas. ¿Quién no quiere cosas buenas y bonitas? Las cosas buenas y bonitas te hacen la vida más fácil durante un tiempo. En especial después de todos los años que llevaba trabajando de camarera en el Olive Garden en turnos interminables hasta que la médula espinal y todos los huesos de los pies me estallaron. Las ensaladas no se acababan nunca. ¡Oh, ensaladas infinitas, infinitas! Si vuelvo a ver otro palito de pan de ajo, me clavaré un destornillador en el corazón.

—Señora Kane, ¿se encuentra bien?

Pasamos por delante de una fila de palmeras y su simetría, yuxtapuesta a mi estado mental, me resulta espeluznante. Entonces digo:

—Con dinero puedes ahorrarte muchísimos sufrimientos en esta vida. También puedes esconderte del pasado. Puedes irte del Olive Garden. Y cura los dolores de espalda. Tendrías que ver el jacuzzi que tenemos en el baño del dormitorio. Hay eco cuando está vacío. Solo por esa bañera mereció la pena al principio.

—Quizá debería dar la vuelta y llevarla a casa.

—Incluso a nuestro consejero matrimonial le gustaba más Ken que yo. Siempre se ponía de su parte. Hasta en lo del matrimonio abierto. ¡UN PUTO MATRIMONIO ABIERTO! ¿Sabes por qué?

—Señora Kane, está usted levantando la voz y...

—¡ÉL PAGABA LA TERAPIA! A todo el mundo le gusta el que paga. Así es como funcionan las cosas.

—Señora Kane, esto no es...

—Señora Kane. Muy bien. Así se habla. No adopté el apellido de Ken. ¡Porque soy la esposa feminista de un productor de cine porno machista! ¿No es para morirse de risa? —Me río hasta que me entra tos—. Quiero decir que hay porno para mujeres y a veces incluso hecho por mujeres, porno feminista en el que no se nos convierte en objetos y somos las que tenemos el control, pero mi marido no hace esa clase de porno porque él cree que con eso no se gana dinero, o al menos no el suficiente. ¿Crees que no intenté convencerlo para que hiciera pornografía feminista? Una vez incluso hablé con sus actrices y les dije que quizá deberían afiliarse a un sindicato. Ken cogió un cabreo de narices y yo no conseguí absolutamente nada. Se rieron de mí. Es como si algu-



nas mujeres quisieran ser oprimidas, ¿no crees? —Empiezo a notar que Alfonso está incómodo. Se frota la cabeza contra el respaldo del asiento, así que añado—: Muy bien. El discurso y la autocompasión han terminado. Ahora me quedaré callada.

Alfonzo no dice ni pío.

Voy a contaros la verdad, queridos lectores y lectoras: lo que me ha destrozado por completo no ha sido la aventura de Ken con su última amante adolescente, sino un simple comentario que hizo sin venir a cuento hace poco más de un año.

No recuerdo por qué empecé, pero había vuelto a escribir algo de ficción, como solía hacer en el instituto. Al principio solo era una afición, escribía sobre cosas sin importancia para pasar el tiempo mientras Ken estaba fuera. Pero entonces empecé a sentir algo. Escribí unos textos muy íntimos sobre mi madre que parecían prometedores. Así que empecé a preguntarme si algún día tendría la oportunidad de publicar. Por supuesto, a Ken no le conté nada al principio, pero una noche, mientras cenábamos en nuestro restaurante favorito y el champán daba alas a mi esperanza, mencioné que había estado escribiendo y que quizá publicar una novela fuera el objetivo de mi vida, algo que había deseado en secreto desde que estuve en la clase de lengua y literatura de mi profesor favorito del instituto. Mientras hablaba, notaba que mis palabras se cargaban de emoción y sentía que me volvía vulnerable, como si estuviera dejando que Ken viera por primera vez mi auténtico yo al desnudo.

Cuando terminé, él sonrió con suficiencia, miró su comida y repuso:

—Adelante, nena.

—¿A qué ha venido esa sonrisita? —pregunté.

—No he sonreído —respondió.

—Has sonreído en plan condescendiente, ¿por qué?

—Te he dicho que adelante. Escribe tu librito.

—¿*Librito*? ¿Qué coño es esto, Ken?

—No lo sé, Portia. —Volvió a sonreír con suficiencia, esta vez mirándome—. A veces tienes que saber quién eres.

—¿Y quién soy exactamente?

—Eres mi esposa —dijo, definiéndome con cada sílaba.

—¿Y tu esposa no puede publicar una novela algún día?

—No te educaste precisamente entre escritores, ¿verdad? Y tampoco ahora te relacionas con ese tipo de gente.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Ni siquiera te graduaste en la Universidad, Portia —me recordó mientras cortaba con el cuchillo el pollo a la *cordón bleu*—. Tú y yo no somos de los que escriben, ¿me equivoco? No quiero ver que te ilusiones con algo que nunca pasará. Eso es todo. Ya sé lo sensible que eres. Además, eres demasiado guapa para ser escritora.

«Te odio», pensé, aunque no lo dije.

Después de todo, era nuestro aniversario de bodas.

Incluso dejé que aquella noche me follara de la forma que a él le gustaba y yo detestaba: por detrás.

¡Tres hurras por el feminismo!

Me había denigrado muchas veces, pero, por alguna razón, aquella noche, mientras se corría dentro de mí, algo cambió.

La mejor parte de mí supo en aquel mismo momento que tenía que dejar a mi marido, que nuestra relación no iba a mejorar, que él, lentamente, estaba matando todo lo bueno que me quedaba dentro, pero tardé un tiempo en reunir el valor necesario para renunciar a la seguridad económica y dejarle. En especial porque Ken me había hecho firmar un acuerdo prematrimonial blindado antes de casarnos; así que divorciarme de él suponía de entrada bajar de categoría social, y probablemente el descenso sería permanente.

¿Por qué le he dejado esta noche?

¿Por qué la rama podrida de un árbol se rompe un día y cae al suelo?

Todo tiene un límite..., incluso las mujeres.

Y, además, estoy borracha como una cuba.

—No creo que Maya Angelou se graduara en la Universidad —digo cuando Alfonso llega a la terminal de US Airways—. Pero he leído en alguna parte que tiene más de cincuenta doctorados *honoris causa*. *Cincuenta*.

Alfonzo aparca y se vuelve para mirarme a la cara.

—¿Se encuentra bien, señora Kane?

—¿Qué? —farfullo, parpadeando repetidamente, no sé por qué razón.

—No he podido evitar darme cuenta de que ha estado usted llorando sin parar durante todo el viaje. Y aún sigue. Ya sé que no es asunto mío, pero es que no me parece bien, señora Kane.

Miro por la ventanilla y veo coches y taxis que se alejan de la acera.

—Bueno, nada que merezca la pena está exento de dolor.

Alarga la mano para darme un puñado de pañuelos de papel y, cuando los cojo, pregunta:

—¿Está segura de que quiere que la deje aquí en este estado?

Me seco los ojos y respondo:

—¿Sabes lo que pasa cuando no haces nada? Nada. Mi profesor de lengua y literatura del instituto me lo dijo hace mucho tiempo. Y tenía razón.